

La idea de Europa: balance de un siglo

ANTONIO MORENO JUSTE

Departamento de Historia Contemporánea (UCM)

RESUMEN

El devenir de la historia de Europa a lo largo del siglo xx se caracteriza por el proyecto de reconciliar y conseguir que la diversidad europea se transforme en una unidad continental como solución a las crisis de civilización y conciencia a las que le conducen las dos guerras mundiales. En esta dirección, Europa —o su imagen, la idea de Europa— se ha venido asociando progresivamente, en la segunda mitad del siglo, con el proceso de construcción europea. Sin embargo, las insuficiencias en el desarrollo de una identidad común y las contradicciones en el plano institucional hacen todavía de Europa un proyecto en marcha, inconcluso. Europa, en el tránsito al siglo XXI, sigue debatiéndose en busca de una idea de sí misma en cuanto proyecto y realidad política. Mientras, se va abriendo paso la percepción de que la *unión europea* parece más un camino a recorrer que un punto de destino. Y, al mismo tiempo, se comienza a sospechar que la experiencia en curso es un proceso difícilmente reducible a una «pensée».

ABSTRACT

The evolution of the history of Europe throughout the XXth century is characterized by its aim of trying to reconcile and get the European diversity to become a continental unity as a solution to the civilization and conscience crisis the two world wars have led to. In this direction, Europe —or its image, the idea of Europe— has been gradually related, in the second half of the century, to the process of the European Construction. However, the shortcomings in the development of a common identity and the contradictions within the institutional sphere make Europe be a project which is still under way, unfinished. Europe, in the turn to the XXIst century, keeps on struggling in pursuit of an idea of itself as a project and as a political reality. Meanwhile, the perception that the European Union looks more like a path to follow than a point of destiny is making its way. And, at the same time, one begins to suspect that the current experience is a process which can hardly be reduced to a «pensée».

1. EL PROYECTO HISTÓRICO DE EUROPA: ¿REALIDAD CULTURAL, ESPIRITUAL Y POLÍTICA?

Un balance sobre la última centuria en Europa concita un juicio moral contradictorio y unánime al mismo tiempo. Europa ha experimentado en el siglo xx todo lo mejor y lo peor que es capaz de hacer el ser humano. De hecho, es frecuente referirse a la Europa del siglo xx como un período de «grandeza y miseria», caracterizarlo como un siglo marcado por «la civilización y la barbarie», definirlo como una «mezcla de infierno y paraíso» y dudar a la hora de valorarlo entre «la complacencia y el masoquismo»¹.

Europa se ha intentado definir como el resultado de un conjunto de aportaciones de intelectuales que desde Hegel a Mann, desde Ortega a Heidegger, han dejado de ser ideales teóricos para convertirse en realidad, que definen el ser europeo: la razón, el derecho y la democracia².

Sin embargo, en la Europa del siglo xx podemos encontrar el contrario de cada una de las afirmaciones anteriores. Si Europa es el derecho es también la fuerza; si es la democracia también es la opresión; si es la razón es también el mito...

Esa paradoja atormentará a Europa durante todo el siglo xx.

Europa se busca a sí misma y lo que a su encuentro sale son sus rasgos más negativos, cuya mejor expresión son las dos guerras mundiales, las brutales tiranías, los genocidios... , rasgos que en este fin de milenio parecen volver a enseñar su más cruel y dramático rostro. Su origen, para Laqueur o Joll, es evidente: la política europea no se ha igualado, en su hondura y calidad, a la historia del pensamiento europeo³.

Según Santos Juliá: «la identificación del Estado con la nación bajo el impacto de la guerra es la entraña misma de la historia europea del siglo xx»⁴. En efecto, en el siglo del nacionalismo, el ritmo histórico seguirá estando dominado por una realidad política determinante y más potenciada: el Estado-nación, y sin embargo, —afirma Denis de Rougemont— esa Europa dividida conservará su destino histórico común⁵.

¹ En este sentido se expresan, respectivamente Hobsbawm, E. *Historia del siglo XX* Barcelona, Crítica, 1995; Jackson, G. *Civilización y barbarie en la Europa del siglo XX* Barcelona, Planeta, 1997; Duverger, M. *Europa de los hombres. Una metamorfosis inacabada*, Madrid, Alianza, 1994; Morin, E. *Penser L'Europe* Paris, Gallimard, 1990.

² En buena medida, estas reflexiones son resultado de los debates mantenidos entre J. C. Pereira, J. L. Neila, R. Baeza, A. Tellez y A. Moreno en la elaboración del proyecto de investigación «Historia del proceso de Construcción Europea». (Pereira, J. C. (Dir.) *Historia del proceso de Construcción Europea* Proyecto precompetitivo PR 189/92-4177, Universidad Complutense, 1995).

³ Laqueur, W. *Europa después de Hitler*. En la edición utilizada por nosotros, vol. I Madrid, Sharpe, 1985 pág. 37. Asimismo, vid. Joll, J. *Historia de Europa desde 1870* Madrid, Alianza, 1983. pp. 553-554.

⁴ Julia, S. «La formación de Europa» en *Revista de Occidente* n.º 157 (1994) p. 22.

⁵ Rougemont, D. recogido por Dusan Sidjanny *L'avenir fédéraliste de l'Europe*, Paris, PUF-Institut universitaire d'études européennes, Genève, 1992. pp. 267-268 (existe traducción es-

Lo cierto es que el desarrollo histórico de Europa bien puede caracterizarse en esta centuria por el intento de reconciliar y conseguir que la diversidad europea se transforme en una unidad continental, como solución a problemas y enfrentamientos.

La Europa del siglo xx ha sido el resultado de una evolución histórica que ha avanzado en dirección opuesta a la unidad, acentuando la diversidad y fomentando su fragmentación según las etnias, las lenguas, las culturas, las religiones...

El hecho de que Europa haya intentado durante buena parte del siglo recorrer el camino en sentido contrario, desde la diversidad hacia la unidad, es la base sobre la que se ha intentado hacer realidad ese «proyecto» histórico para Europa.

Bajo esos parámetros se abrió un debate tras el final de la Segunda Guerra Mundial. Su objetivo, definir un marco ideológico, social y cultural en sentido amplio que englobase, sustentase y acogiese al proceso institucional, político y económico desarrollado en Europa.

Ese debate hoy se caracteriza por la falta de certezas y el constante aumento de las dudas. Antinomias, dilemas que pueden encontrarse en cualquier categoría o nivel de análisis que se propongan y que conducen a reconocer que son más los interrogantes a formular que las respuestas a ofrecer. Como afirma Maurice Duverger: «es difícil percibir Europa desde Europa, del mismo modo que es difícil concebir Europa desde un punto particular de Europa».

Resulta pues, delicado hablar de Europa en abstracto como también resulta complejo intentar delimitar el tipo de realidad en que ha devenido el Viejo Continente. Hablar de Europa viene asociándose generalmente al resultado de la dialéctica establecida entre cultura, espiritualidad y política, conjunto de interacciones de la que emerge ese acervo de paradojas y contradicciones que se identifican con el proceso de construcción europea y que quizás, la principal, sea que parece más un camino a recorrer que un punto de destino.

La cuestión básica que se plantea recurrentemente —y a la que no se consigue dar una respuesta satisfactoria—, es qué se encuentra en el centro de ese periplo, la identidad cultural o el proceso de institucionalización política y económica⁶.

pañola Ariel, 1998) Denis de Rougemont, afirmará en el Centre Européen de la Culture de Gèneve, que debía ser a través de la politización cultural como se podría expresar: «una unión donde los valores europeos se implanten sobre todos los europeos y donde los criterios de lo cotidiano adquirieran una nueva dimensión, la de una identidad común» (p. 273).

⁶ Acerca de esta cuestión interesa la lectura entre otros muchos: Arroyo Pomedá, J. *Europa, casa de la razón y la libertad* Madrid, Acento, 1999. Dumont, G. F. (Ed.) *Les racines de l'identité européenne* Paris, Economica, 1999. García Picazo, P. «La identidad europea: entre la apertura y el ensimismamiento. Ensayo de su fundamentación teórica internacional» en *Revista Internacional de Filosofía Política* n.º 9 (1997) pp. 71-91 y de la misma autora «Unión y civilización europeas: ¿saliendo del laberinto» en *A distancia. Revista de la UNED* n.º Otoño (1996) pp. 190-198. Asimismo, remito a Trausch, G. *Identification et structuration de l'Europe à travers les institutions* Luxembourg, 1995.

La comprensión de este problema exige, al menos, distinguir tres conceptos en torno a la idea de Europa: un concepto cultural, que remite a la cuestión de la identidad europea; un concepto filosófico, que remite al problema en torno al espíritu europeo; y un concepto político, sobre el que se articula el proceso de construcción europea.

La idea de unión política europea, de construir Europa, surge cuando se comienzan a socavar los principios básicos de la metafísica occidental tras la Primera Guerra Mundial. La idea espiritual de Europa que los encarna se ve invalidada, en la práctica, por la presencia de los totalitarismos y en la teoría, por la imposibilidad filosófica de asumirla durante el período de entreguerras.

«D'Europe —escribe Edgar Morin—, sont issus l'humanisme, la rationalité, la science, la technique, la nation, la liberté, la démocratie, le droit des peuples, le fanatisme militant, la rationalisation délirante, la Religion du Salut terrestre, le culturicide à l'échelle planétaire, l'exploitation capitaliste, puis «socialiste», le type d'impérialisme qui la menace désormais. C'est en Europe que s'est concocté le mélange de barbarie, de technicité et de science qui déferle en notre âge de fer planétaire. Les pires ennemis du genre humain sont venus d'Europe. Le totalitarisme est une invention par trois fois européenne.»⁷

En una palabra, la Europa política parece construirse sobre las ruinas de la Europa espiritual. La idea y la urgencia de una unión política surgen cuando se extiende por Europa la necesidad de una revisión radical de los valores occidentales ante la conciencia de crisis de civilización, al hundirse todos los valores y fundamentos en que se había asentado su hegemonía política, militar, económica, social, tecnológica y cultural agudizadas con las calamidades y tragedias del nazismo y del estalinismo⁸.

En definitiva, se va a producir una renuncia expresa a una determinada forma de comprender el «concepto cultural de Europa» y la civilización occidental en beneficio de una «comunidad europea», es decir, en favor de un concepto político de Europa; el representado por el proceso de construcción europea. «Asistimos —afirma Etienne Tassin—, al paso de una Europa cultural sin unidad política, a una Europa política sin identidad cultural al carecer de legitimación espiritual»⁹.

Desde esta perspectiva, la cultura ocupa un lugar secundario en la construcción europea. La cuestión es grave ya que la cultura y la filosofía, como

⁷ Morin, E. *op. cit.* p. 124.

⁸ Entre otros, vid. Domenach, J. M. *Europe: le défi culturel*, París, La Découverte, 1990; Ortega, A. *La razón de Europa* Madrid, El País-Aguilar, 1994. Brugmans, H. *La idea europea 1920-1970*, Madrid, Moneda y Crédito, 1972 cap. II y III. Paramio, L. «Comentario a la conferencia «Crisis de la conciencia europea» en Cabrera, M., Julia, S. y Martín Aceña, P. (Comps.) *Europa en crisis 1919-1939* Madrid, Ed. F. Pablo Iglesias, 1991 pp. 343-346.

⁹ Tassin, E. «La identidad europea. Cultura, filosofía, política» en *Leviathan* n° 56 (1994) p. 27.

opina José Luís Abellán¹⁰, han sido las cenicientas del proceso y éste es un déficit que lastra la totalidad del proyecto unitario. Su base es económica, a través de la fusión de sectores básicos —inicialmente el carbón y el acero—, y llegando eventualmente a la formación de un gran mercado que no admite barreras a los intercambios de personas, mercancías, servicios y capitales.

No puede extrañarnos, por tanto, que la unidad de Europa siga apareciendo hoy como una tarea inacabada, incompleta. Maurice Allais apreció, hace ya unos años, varios errores fundamentales en la construcción europea que, al menos de forma parcial, pueden ayudar a la comprensión de este fin de siglo: comenzar por la Europa económica y creer que a través de ella se llegaría a la Europa política y descuidar los fundamentos de la Europa cultural, condición indispensable para el surgimiento de un auténtico espíritu europeo¹¹.

2. GÉNESIS Y RESPUESTA A LA CRISIS DE EUROPA

Por paradójico que pueda parecer, Europa comienza a interrogarse por su identidad a principios del siglo xx, cuando toma conciencia de que peligra su posición hegemónica en el mundo, al tiempo que comienza a tambalearse su fe en ser portadora de una misión civilizadora de otras culturas y pueblos. Hasta entonces la idea de Europa se había confundido con el concepto de la organización del mundo: en Europa se resumía si no todo el mundo conocido, sí al menos todo el mundo «útil»¹².

La crisis del modelo hegemónico europeo, basado en su proyección internacional, su mentalidad y política imperialista, e internamente en la solidez de su capacidad económica, tecnológica y en la naturaleza de sus fundamentos filosóficos, políticos e ideológicos, tendría necesariamente profundas repercusiones no sólo en la fisonomía del nuevo orden mundial, sino también en la propia percepción de los europeos de sí mismos y de su posición en el mundo.

Al término de la Primera Guerra Mundial, en un momento en que los sufrimientos infligidos a las naciones en nombre de los Estados incitan a la toma de conciencia de un cierto declinar político de Europa, el problema de su or-

¹⁰ Abellán, J. L. «Meditaciones filosóficas» en Abellán, J. L. (comp.) *El reto europeo*, Madrid, Trotta, 1994. pp. 416-417.

¹¹ Allais, M. *Erreurs et impasses de la construction européenne* Paris, Ed. Clément Juglar, 1992 pp. 63-64. Asimismo, vid. Delors, J. *El nuevo concierto europeo*, Madrid, Acento, 1993.

¹² Zorbgide, Ch. *Histoire de la construction européenne* Paris, PUF, 1993 p. 7. En el mismo sentido se expresan Duroselle, J. B. *L'idée d'Europe dans l'Histoire*, París, Danoel, 1965 y Gerbet, P. *La construction de l'Europe* París, Imprimerie National, 1983 (reediciones en 1994 y 1999). La consecuencia será según Federico Chabod, el nacimiento de la conciencia europea: «La conciencia europea significa diferenciación de Europa, como entidad política y moral, respecto de otros continentes y grupos de naciones. El concepto de Europa se forma por contraposición en cuanto existe algo que no es Europa» (Chabod, F. *Historia de la idea de Europa*, Madrid, Editoriales de Derecho Reunidas, 1992. p. 27).

ganización internacional en tanto que continente, en tanto que región empuñada en el mundo, comienza a percibirse claramente¹³.

Europa —o más bien los europeos—, se vió obligada a buscar el medio de conservar la paz y de acallar sus querellas internas. La idea de Europa tendió a confundirse cada vez más con el movimiento pacifista o con el internacionalismo.

El fracaso de la política europea iba a implicar la trágica aceptación de que existían otros ámbitos al margen del europeo que por primera vez desde el siglo XVI se encontraban en mejor situación relativa. El dinamismo creciente de los Estados Unidos de América, lejana imitación de la civilización europea, hizo pensar en la posibilidad de una solución semejante: los Estados Unidos de Europa.

Las dos guerras en principio mundiales, pero antes que nada guerras civiles europeas, y el período que media entre ellas completaron un importante punto de inflexión en la historia de Europa, que ponía fin a un sistema internacional que había prevalecido durante cuatro siglos. Un sistema dominado por un restringido club de grandes potencias europeas, cuyas relaciones pacíficas o bélicas regían diplomática o militarmente la suerte del mundo, desaparecía¹⁴.

La nueva posición de Europa dio alas al debate intelectual: el fracaso político de Europa significaba la *crisis de la civilización europea*. Crisis que, asimismo, fue asimilada a una *crisis de identidad colectiva*¹⁵.

¹³ Vid., entre otros muchos, Bossuat, G. *Histoire de la construction européenne au XX^e siècle* Bern, Berlin, New York, Paris, Wien, Peter Lang, 1994; Delmas, C. *Histoire des projets d'unification européenne* Bruselas, Ed. U.G.A., 1979; Hamon, D. y Keller, J. S. *Fondements et étapes de la construction européenne* Paris, PUF, 1997; Rieben, H. *Des guerres européennes à l'Union de l'Europe* Lausanne, Fondation Jean Monnet, 1987; Fleury, A. (Ed. *Le Plan Briand d'union fédérale européenne*. Gênev. Peter Lang, 1998; Stirk, P.N.R. (Ed.) *European Unity in context the interwar period* Londres, Pinter Publishers, 1989.

¹⁴ Vid. Steinert, M. y Soutou, G. H. «Ordre européen et construction européenne» en *Relations Internationales* n.º 90 (1997) pp. 127-143 y Duroselle, J. B. «Le concert européen» en *Relations Internationales* n.º 39 (1984) pp. 271-285.

¹⁵ En 1923 aparecía el último tomo de *La decadencia de Occidente* de Oscar Spengler, herebero intelectual del vitalismo y del irracionalismo de los años anteriores a 1914 quien, con una visión organicista, casi biológica de la vida y muerte de las culturas, consideraba que la única salvación para Europa parecía radicar en una estoica firmeza para seguir caminando por una senda predeterminada, confiando la salvación a las virtudes inherentes a la raza. En 1934, Arnold Toynbee iniciaba la publicación de su *Estudio de la Historia* dedicado a la búsqueda de las pautas con arreglo a las cuales las civilizaciones florecen y decaen: «¿Porqué mueren las civilizaciones? —escribirá A. Toynbee—, ¿Le está reservado al Occidente moderno el destino de la civilización helénica?». El mismo año, H.A.L. Fisher escribía en su *Historia de Europa* que: «El progreso no es ninguna ley de naturaleza. Los adelantos conseguidos por una generación pueden malograrse por la siguiente. Las ideas del hombre mal canalizadas conducen al desastre y la barbarie». Paul Valéry en *La libertad del espíritu* anunciaba unos años antes la inminencia de un seísmo que haría añicos no sólo aquello que todos daban en llamar Europa, sino que tal catastrofe se haría precisamente en nombre de una idea de Europa, la Joven o Nueva Europa, agresiva, impetuosa, arrogante, guardiana celosa de la propia invención de sí misma. Una Europa que deseaba construirse a golpe de «exclusiones, anexiones y exterminios», un continente amurallado, en el que el determinismo (biológico y social) determinase más que nunca la condición del europeo... Acerca del

En ese contexto, comenzó a emerger la búsqueda de una nueva identidad europea: los valores decimonónicos no tenían sentido en el siglo xx. Si la «Gran Guerra» destruyó la confianza de los europeos en su civilización y su hegemonía, la Segunda Guerra Mundial culmina el proceso de declive del Viejo Continente. Como afirma el profesor René Girault:

«(...) la crise de la civilisation européen, commencée avec la tuerie en masse dont sont montrés capables les Européens en 1914-1918; se transforme en crise de conscience et en remise en question fondamentale lors de la découverte du genocide hitlerien en 1945»¹⁶.

La valoración de la situación de Europa realizada en la inmediata posguerra de 1945 por muchos intelectuales apuntaba a que los europeos, que habían protagonizado la historia durante tanto tiempo, podían al final dejar la historia por una cómoda y pasiva actuación. De acuerdo con estas proyecciones, cabía esperar, a finales de la Segunda Guerra Mundial, que la civilización europea sucumbiese en un futuro próximo. Como afirmó Edgar Morin, «Europa era una palabra que mentía»:

«Longtemps je fus «anti-européen». A la fin de la guerre, quand surgissaient, de l'antifascisme même, les mouvements européens fédéralistes, j'écrivis un article, paru en 1946 dans *Les lettres françaises*, au titre sans appel: «il n'y a plus d'Europe». J'avais été résistant et j'étais alors communiste. Pour moi, pour nous, L'Europe était un mot qui ment»¹⁷.

Evidentemente, Europa había tocado fondo. La Europa que salía de la Segunda Guerra Mundial era difícilmente identificable: una Europa dividida y ocupada en el entorno de un nuevo sistema internacional definido por la bipolaridad; una Europa dependiente de la solidaridad trasatlántica para su reconstrucción económica; una Europa colonizada al quedar desbordado su predominio cultural por nuevas ilusiones de posguerra tales como el «American dream» o el «American way of life»; una Europa reducida geográficamente ante las iniciativas descolonizadoras en las que se denuncia la hegemonía imperialista de Occidente...

La alternativa integracionista comenzó en este momento a dejar de ser una teoría de filósofos o humanistas para convertirse en una necesidad impul-

debate intelectual en este período pueden consultarse, entre otros: Spengler, O. *La decadencia de Occidente* 2 vol. Madrid, Espasa-Calpe, 1989; Toynbee, A. *Estudio de la Historia* vol. III Madrid, Altaya, 1995; Díaz del Corral, L. *El rapto de Europa* Madrid, Alianza, 1974. Ortega y Gasset, J. *Meditación de Europa*. Madrid, Revista de Occidente, 1966. Tres buenas síntesis se encuentran en Brugmans, H. *La idea europea 1920-1970*, Madrid, Moneda y Crédito, 1972; Paolini, E. *L'idea di Europa* Florencia, La Nuova Italia Editrice, 1979 y Pegg, C. H. *Evolution of the Europea Idea, 1914-1932*. Chapel Hill, The Univ. of N.C., 1983.

¹⁶ Girault, R., Frank, R. y Thobie, J. *La loi des geants 1941-1964*, París, Masson, 1993 p. 90.

¹⁷ Morin, E. *op. cit.* p. 9.

sada por políticos, empresarios, hombres de Estado y algunos sectores significativos de la sociedad europea utilizando como andamios unos valores compartidos: la paz como valor supremo; un sistema democrático de libertades como herramienta de la convivencia; el progreso económico y social como fundamento material del sistema; la unión como objetivo a largo plazo y como argamasa de los otros elementos...

Esas ideas pretendieron plasmarse en instituciones políticas que, en gran medida, conformaran el debate político europeo en la segunda mitad del siglo xx. Se iniciaba el proceso de construcción europea, a juicio de algunos, una de las principales utopías que ha alumbrado este siglo. Para otros, un «proyecto vital» más bien confuso al que es complejo encontrarle un significado único e inequívoco y que, quizás, no sea necesario ¹⁸.

3. LUCES Y SOMBRAS EN EL PROCESO DE CONSTRUCCION EUROPEA

La construcción europea, como todo proceso histórico, ha atravesado por diferentes etapas, en interacción con otros procesos de carácter global o regional —geoestratégicos, económicos, socio-políticos...— que han coadyuvado la definición de sus propios avances y retrocesos, posiblemente más lineales desde el punto de vista económico —aunque no exentos de crisis—, y, desde luego, más discontinuos e inseguros desde el punto de vista político ¹⁹.

De hecho, la construcción europea nació con una serie de Estados-nación cuya base política era extremadamente débil en la posguerra, contempló el asombroso aumento de los ingresos reales en la década de los cincuenta y vio cómo se extendía la satisfacción de los gobiernos nacionales. Fue testigo de los costosos y ambiciosos programas sociales de los años sesenta, del regreso del desempleo en los setenta, del enorme aumento de las desigualdades de los ingresos en los ochenta y de la espectacular transformación sufrida por el mapa de Europa, en los noventa, tras el fin de la guerra fría.

Es innegable, desde una perspectiva histórica, el éxito del proceso de construcción europea, aunque se incurre en el riesgo de mitificarlo y abandonar su consideración como proceso abierto y perfectible. Es evidente, asimismo, que ha proporcionado un largo período de estabilidad política y social sobre la base de un sistema político organizado en los principios de libertad, pluralismo

¹⁸ Vid. en una u otra dirección a Barón, E. *Europa en el alba del milenio* Madrid, Acento, 1999 (edición ampliada y revisada respecto a la de 1994); Wolton, D. *La dernière utopie. Naisance de l'Europe démocratique* Paris, Flammarion, 1993; Todd, E. *La invención de Europa* Barcelona, Tusquets, 1995. Minc, A. *La gran ilusión. La Europa comunitaria y la Europa continental* Barcelona, Planeta, 1990. Asimismo, interesa la lectura de Pérez Díaz, V. «La ciudad europea» en *Política Exterior* n° 67 (1999) pp. 99-118.

¹⁹ Vid. Hamon, D. y Keller, I. S. *Fondements et étapes de la construction européenne* Paris, PUF, 1997. pp. 9-18.

y tolerancia; ha generado una prosperidad económica sin precedentes y ha permitido la creación de nuevas formas de organización común destinadas a erradicar la guerra y fomentar la solidaridad y bienestar entre los europeos...

Sin embargo, a pesar todos estos logros, no debe ignorarse el contexto internacional en el que ha surgido —la guerra fría—, y cómo ha condicionado gran parte de su evolución histórica²⁰. Tampoco debe perderse de vista los objetivos de la empresa, en buena medida formulados al compás de las mudables circunstancias que concurren en el proceso a través de un discurso y una literatura militantes, el pensamiento europeísta²¹.

²⁰ Cfr. Deighton, A. «La guerra fría y los orígenes de la integración europea» en *Sistema* n° 114-115 (1993) pp. 89-101. Entre otros muchos trabajos sobre la cuestión puede citarse a Heller, F. H.- Gillingham, M. (Eds.) *The United States and the Integration of Europe. Legacies of the Postwar Years* N. York, St. Martin Press, 1995; Mammarella, G. *Europa-Stati Uniti. Un'alleanza difficile 1945-1985* Bari, Ed. Laterza, 1996; Melandri, P. *Les Etats-Unis face à l'unification de l'Europe (1945-1954)* Paris, Pedonne, 1980; Peñas, F. J. *Occidentalización, fin de la Guerra Fría y relaciones internacionales* Madrid, Alianza, 1997; Pereira, J. C. *Historia y Presente de la Guerra Fría* Madrid, Istmo, 1989; Perrón, R. *Le marché du charbon, un enjeu entre l'Europe et les Etats Unies de 1945 á 1958* Paris, Publications de la Sorbonne, 1995; Sodupe, K. *La visión soviética de la integración europea: el caso de la CEE, 1957-1969* Bilbao, Univ. País Vasco, 1987. Wall, I. *The United States and the Making of Postwar in France, 1945-1954* Cambridge University Press, 1992.

²¹ Dos ideas básicas pugnarán por abrirse camino en la posguerra mundial. Una netamente *federalista* como la que se recoge en el «Mensaje a los europeos», redactado por Salvador de Madariaga y Denis de Rougemont y hecho público en el Congreso de Europa de La Haya, el 5 de mayo de 1948: «Ninguno de nuestros países puede pretender, sólo, plantearse seriamente una defensa de su independencia. Ninguno de nuestros países puede resolver, sólo, los problemas que genera la situación económica actual. En falta de una unión libremente consentida, nuestra anarquía presente nos expondrá a una unificación forzada, sea por la intervención de un Imperio de fuera, sea por la usurpación de un partido de dentro». Y otra, *funcionalista*, enunciada en sus principios básicos en la declaración de Robert Schuman de 9 de mayo de 1950 en el Salón de l'Horloge, del Quai D'Orsay: «Europa no se hará de una vez ni en una construcción de conjunto: se hará mediante realizaciones concretas, creando para ello una solidaridad de hecho». Este dualismo tendrá como consecuencia la visión de oponer el federalismo al funcionalismo en una tensión dialéctica cuyo resultado, favorable al segundo, ha definido la evolución y contenido del proceso de construcción europea. Para Denis de Rougemont, uno de los principales representantes de las ideas federalistas de la posguerra, la unidad de la cultura europea sería el factor aglutinador para lograr una *federación* europea. Para Jean Monnet, moldeador del método funcionalista, la unión sólo podría conseguirse, en forma de avances parciales, trascendiendo del mundo económico a otros ámbitos sociales y culturales, con el propósito de dotar de un contenido a la unión política. Esta contradicción en cuanto al método, sin embargo, no puede hacer olvidar la similitud de los objetivos buscados, «la federación europea», en Rougemont, o «los Estados Unidos de Europa», en Monnet. El federalismo se hallaría en la base de los movimientos europeístas y en el mismo proceso de construcción europea. Sobre la evolución del europeísmo y de sus diferentes formulaciones *vid*: Heraud, G. *Les principes du fédéralisme et la fédération européenne* Paris, Presses d'Europe, 1968. Levi, L. *Federalismo e integrazione europea* Roma, Palumbo, 1979. Sidjansky, D. *op. cit.* Dumoulin, M. (Ed.) *Plans des temps de guerre pour l'Europe d'après-guerre 1940-1947*, Baden-Baden, Groupe de Liason des historiens auprès des communautés/ Nomos-Verlag, 1995. Para una historia del europeísmo: Lippens, W. (Dir.) *A History of European Integration 1945-47. The formation of European Unity Movement* Oxford, Clarendon Press, 1982; Lippens, W. «The Union européenne des federalistes and its third force programme» en *History of European ideas* vol. IV

Desde el comienzo del proceso de integración hubo un empeño apasionado —aunque fue un empeño por escapar del pasado, del desolador paisaje que la Segunda Guerra Mundial dejó tras de sí—, acrecentado por una sensación de urgencia y oportunidad en el que emergió el europeísmo como instrumento de un proyecto histórico caracterizado por la necesidad de edificar una nueva Europa, aunque por diferentes vías.

En cualquier caso, y a pesar de sus diferentes formulaciones —federalistas o funcionalistas—, en el europeísmo puede observarse una línea de continuidad a través de las siguientes ideas-fuerza:

- superar el estrecho y angosto cerco del Estado-nación para imposibilitar los excesos de los nacionalismos;
- defender la democracia como sistema de organización política de sociedades plurales y
- dotar a Europa de una voz fuerte y poderosa para defender sus ideas, sus valores y sus intereses.

No obstante, una reflexión más profunda sobre estos objetivos induce a pensar que el lento avance hacia una Europa unida políticamente no ha conseguido aún concretar y definir algunos de los principales desafíos con que irrumpió institucionalmente en la segunda posguerra mundial.

3.1. La compleja búsqueda de una «identidad común»

El principal desafío, probablemente, al que se ha enfrentado la construcción europea ha consistido en intentar configurar una auténtica identidad común por encima de la diversidad geográfica, etnográfica, religiosa, lingüística, nacional e histórica.

Es relativamente sencillo enumerar una serie de factores que, sin lugar a dudas, serán decisivos para definir la identidad de la Unión Europea en el próximo siglo: la recurrente y espinosa cuestión del «déficit democrático» en lo que se denomina sistema político comunitario; la superación de la diplomacia tradicional como método de avance en el proceso de unión; la necesidad de establecer una verdadera Política Exterior y de Seguridad Común; el acervo comunitario y el impacto de la introducción del concepto de flexibilidad; el papel del Tribunal de Justicia como ente federador y garantía de un Estado de Derecho; las ineludibles y siempre aplazadas reformas institucionales; las contra-

nº 1 (1983) pp. 58-67; Palayret, J. M. «Le Mouvement Européen, 1954-1969. Histoire d'un groupe de pression» en Girault, R. y Bossuat, G. *Europe brisée, Europe retrouvée. Nouvelles réflexions sur l'unité européenne au XXè siècle* Paris, Publications de la Sorbonne, 1994. pp. 359-378; Pistone, S. (Ed.) *I Movimenti per l'Unità Europea, 1945-1954* Milán, Jaca Book, 1992. *I Movimenti per l'Unità europea, 1954-1969* Università de Pavia, 1996. *I Movimenti per l'Unità europea, 1970-1986* Università de Pavia, (en prensa).

puestas aproximaciones teóricas dirigidas a caracterizar un inexistente, en la práctica, modelo de integración: neofuncionalismo, cooperación entre Estados, régimen internacional, federalismo cooperativo...²²

Pero no se ha avanzado gran cosa a la hora de construir simbólicamente esa Europa política. Han prevalecido, siguiendo el planteamiento de Habermas, más los rasgos de un constitucionalismo racional y cívico que la emotividad y la fuerza del hecho identitario²³.

Esta cuestión nos conduce a observar cómo el problema de la identidad europea persiste. Para el europeísmo el proceso hacia la Europa unida está falto del estímulo de una auténtica identidad común entre los europeos y no contribuye al desarrollo de una auténtica conciencia de ciudadanía europea, aunque no faltan voces en su seno que opinan que la existencia y actualidad de esa identidad común se prueba fehacientemente, de una parte, por el hecho de que la Unión Europea se base en instituciones y políticas comunes y, de otra, por el hecho de que funcione una auténtica puesta en común de las soberanías nacionales.

«Les repères identitaires européens —afirma Gerard Bossuat—, sont difficiles à percevoir. On est européen parce qu'on ne peut plus être seulement français, allemand, italien. On est européen par nécessité (une minorité par choix). L'identité européenne reste encore à construire dans l'esprit des citoyens européens. Seuls les institutions et l'intérêt bien compris rassemblent les européens.»²⁴

Para otros, simplemente, lo que hasta la fecha se ha calificado como una identidad común, parece más bien el fruto de la progresiva uniformidad de las sociedades europeas que el resultado de la progresiva convergencia en un conjunto de valores y creencias, en un proyecto común a pueblos y culturas dado que, en líneas generales, sigue primando a ese respecto la identidad de cada Estado-nación.

«Europa no tiene hoy una identidad clara —escribe Stanley Hoffmann—, su único perfil ha sido configurado por un proceso de industrialización y de integración económica... Las sociedades de los distintos países europeos tan sólo tienen una mayor uniformidad»²⁵.

²² Al respecto *vid.* Michelmann, H. y Soldatos, P. (Eds.) *European Integration: Theories and Approaches* Nueva York, University of America Press, 1994 Taylor, P. *The European Union in the 1990's* Oxford University Press, 1996 y Westlake, M. (Ed.) *L'Union européenne au-delà d'Amsterdam. Nouveaux concepts d'intégration européenne* Bruselas, Presses Interuniversitaires Européennes, 1999.

²³ *Cfr.* Habermas, J. *Más allá del Estado nacional* Madrid, Trotta, 1995 y «Ciudadanía e identidad nacional: consideraciones sobre el futuro europeo» en *Debats* nº 38 (1992) pp. 18-22.

²⁴ Bossuat, G. «Conclusion: histoire et identité européenne» en Girault, R. y Bossuat, (Dir.) *Europe brisée...* *op. cit.* p. 411. Asimismo *vid.* en este sentido, Dumont, G. F. (Ed.) *Les racines...* *op. cit.* Girault, R. *L'Europe des Européens* Paris, Hachette, 1993 y Girault, R. Bossuat, G. Frank, R. (Dir.) *Conscience et identité européennes au XXè siècle*, Paris, Hachette, 1994. Lager, C. *L'Europe en quête de ses symboles*, Bern, Berlin, Frankfurt/M, New York, Paris, Wien; Peter lang, 1995. Sidjansky, D. *op. cit.* Marc, A. *El porvenir de Europa y otros ensayos* Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1994. Spinelli, A. *L'Europa non cade del cielo* Bolonia, Il Mulino, 1989.

²⁵ Hoffmann, S. «La crisis de identidad de Europa» en *Leviatán*, nº 56 (1994) p. 41.

En el contexto europeo existen una serie de fuerzas que estimulan la convergencia: condiciones económicas tales como la creciente integración comercial y financiera, condiciones sociales que promueven la urbanización y expansión del sector terciario, además de condiciones institucionales surgidas tanto del proceso de construcción europea como de la democratización de los antiguos países comunistas tras la caída del Muro.

La convergencia de los sistemas políticos se manifiesta en una incipiente cultura política común constituida a partir de la salvaguarda de los derechos fundamentales y de la identificación entre los conceptos *Europa* y *democracia* y en la que han jugado un papel de primer orden las instituciones europeas. No obstante, esa tendencia hacia la convergencia de los sistemas políticos de los Estados europeos no puede ignorar las enormes diferencias existentes de unos Estados a otros ²⁶.

A pesar de todo, ha sido justamente cuando Europa se ha apercibido de que sus logros podían venirse abajo tras la crisis de los setenta, cuando en algunos sectores de la política y la intelectualidad europeas se ha rescatado y reformulado la idea de que Europa, en la posguerra, había ido configurando «algo» que se acercaba a un modelo propio.

Este modelo se habría basado, a grandes rasgos, en regímenes parlamentarios, reformismo keynesiano, economía mixta —gran incremento del sector público—, un grado de planificación indicativa considerable, educación pública, seguridad social y sistemas de protección universales —el «Welfare State»—, proyecto de constituirse internacionalmente como tercera fuerza en un mundo bipolar, avances notables hacia la unidad política y económica...

Y han hecho de la defensa de este *modelo*, de la defensa de esa *diferencia de Europa* respecto a otros *modelos* considerados como el japonés o el norteamericano más uniformizadores o con menos sensibilidad social, el factor que debe asegurar un lugar de primer orden para Europa en el próximo siglo y uno de los principales activos tanto a nivel económico como cultural ²⁷.

²⁶ Según Raymond Aron: «no puede hablarse de una ciudadanía europea por que tal especie no existe... los judíos de mi generación no pueden olvidar cuan frágiles se volvieron los derechos fundamentales cuando ya no se correspondieron con los derechos humanos» (Bru, C. M. *La ciudadanía europea* Madrid, Sistema, 1994 y La Pérgola, A. «La ciudadanía europea» en *Sistema* n.º 122 (1994) pp. 101-107). Como afirman Lane y Ersson, la cuestión clave que se plantea es «si el comportamiento político y las instituciones políticas en todos los países europeos tienden a converger hacia un mismo sistema político: el gobierno de partidos o la democracia representativa basada en partidos políticos» (Lane, J. E. y Ersson, S. *Política europea: una introducción* Madrid, Istmo, 1998 pp. 313-314). Asimismo, *vid.* Taibo, C. *Las transiciones en la Europa central y oriental. ¿copias de papel carbón?* Madrid, Libros de la Catarata, 1998 y Tapia, C. *Dynamiques et transitions en Europe* Bern, Berlin, Frankfurt/M, New York, Paris, Wien; Peter Lang, 1997.

²⁷ *Vid.* entre otros, Barón, E. *op. cit.* Wessels, W. *The European Union and Member States: Towards Institutional fusion?* Manchester University Press, 1996. Dastoli, P. V. - Vilella, G. *La Nuova Europa. Dalla Comunità all'Unione*. Bologna, Il Mulino, 1992. Dahrendorf, R. *En defensa de la Unión Europea*. Madrid, Tecnos, 1993. Duverger, M. *La liebre liberal y la tortuga europea*. Barcelona, Ariel, 1992.

Desde esta forma de interpretar las últimas cinco décadas, la solución de los problemas de Europa está, en consecuencia, en hacer más Europa, en transformar lo que haya que transformar, en reformar lo que haya que reformar, pero sin perder de vista ni cuál es el origen ni cuál es el objetivo: *Europa*.

Una percepción más sombría sobre su futuro se puede apreciar en otros importantes sectores del pensamiento europeo. En buena medida observan que este *modelo europeo* respondió a circunstancias históricas únicas e irrepetibles —guerra fría, política de bloques desde un punto de vista político y estratégico: *división de Europa*—; a unos condicionantes sociales —era imprescindible un pacto entre capital y trabajo que asegurase la estabilidad política y la paz social sobre una amplia base de consenso: *Estado Social, Democrático y de Derecho*—; o, a unas determinadas circunstancias económicas que permitieron un rápido crecimiento —la actitud de los Estados Unidos, las grandes destrucciones de la contienda, los cambios políticos e institucionales, el crecimiento de los mercados y el aumento de la libertad de empresa: *el milagro económico europeo*—, que han hecho a los europeos de hoy pensar en los años cincuenta y sesenta —y desde diferentes perspectivas—, como algo excepcional, si bien no históricamente único, de difícil explicación y, desde luego, prácticamente agotado en su formulación económico-social o, en su defecto, obligado a una profunda revisión²⁸.

Lo cierto es que la Europa que surge de la Segunda Guerra Mundial no se planteó como un sistema político, económico y social propio. No constituyó un modelo en sí mismo, ya que el proyecto de una Europa unida políticamente careció en conjunto de tal pretensión, pero sí parece que definió una cierta especificidad en el mundo posbélico. La causa de esa especificidad, probablemente haya de buscarse en el significado adjudicado a los términos *reconstrucción y estabilidad* en la más inmediata posguerra. Según Jones, en su análisis sobre crecimiento y desarrollo, aquí residiría el «milagro europeo»: en la eliminación de impedimentos y riesgos por parte de un poder político que fuese capaz de articular un medio favorable para impulsar el crecimiento económico²⁹.

²⁸ Al respecto, *vid.* Hogan, M. J. *The Marshall Plan. America, Britain and the reconstruction of Western Europe, 1947-1952* Cambridge University Press, 1987. Asimismo, interesa *vid.* Griffiths, R. T. «A la recherche des débuts de l'intégration européenne» en *Revue de synthèse* vol. IV n.º 3 (1990) pp. 235-252. *Journal of European Integration History* «The process of European Integration in a Historical perspective» n.º 1 (1995). Varsori, A. (Dir.) *Europe 1945-1990s. The End of an Era?*, Nueva York, St. Martin Press, 1994. Church, C. y Hendriks, G. *Continuity and Change in Contemporary Europe* Aldershot, Edward Elgar Publishing, 1995. Crouch, C. (Comp.) *Estado y economía en el capitalismo contemporáneo* Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1988 y Hoffmans, S. «Reflections on the Nation-State in Western Europe Today» en *Journal of the Common Market Studies* Vol 31-I (1982) pp. 23-36.

²⁹ Jones, L. *El milagro europeo. Entorno, economía y geopolítica en la historia de Europa y Asia* Madrid, Alianza, 1990. p. 284.

3.2. El controvertido papel del Estado-nación

Para J. H. H. Weiler³⁰, la construcción europea ha sido, en general, explicada de acuerdo con el punto de vista de los políticos, los cuales, han puesto de manifiesto que la razón principal ha sido siempre el idealismo de hacer realidad el viejo sueño europeísta. Para ello, emplearon los instrumentos que tenían a su alcance a finales de los años cuarenta: el lenguaje del activismo político y las prácticas del intervencionismo estatal.

Sin embargo, las interpretaciones sobre la construcción europea no son unánimes aunque siempre se ha mantenido en el centro del debate el papel Estado-nación. Cuestión ésta que tiende, por debajo de las claves del discurso europeísta, en las distintas interpretaciones bien a ningunear los elementos culturales, a minusvalorar la actuación de otros actores o bien, incurrir en un reduccionismo al servicio de planteamientos ideológicos.

Con muchas excepciones y matizaciones esas explicaciones se pueden intentar a agrupar en tres tipos de argumentos:

a) El primero de estos grupos se apoya en una combinación de determinismo y de progresismo liberal. Presenta *la construcción europea como el resultado inevitable de los cambios económicos y tecnológicos, algo así como una forma de progreso político que corre pareja a los adelantos materiales.*

Desde esta línea de argumentación, los Estados tienen una extensión geográfica demasiado reducida como para poder elevar los ingresos de sus ciudadanos por medio de políticas económicas independientes y confinadas a los límites nacionales y, por otra parte, disponen de recursos insuficientes desde un punto de vista económico y militar, como para defenderse de naciones más poderosas. Las naciones, por tanto, deben ser reemplazadas por unidades políticas más amplias. Este enfoque se identificaría, por tanto, con la interpretación europeísta tradicional de la existencia de una crisis del Estado-nación al término de la Segunda Guerra Mundial³¹.

³⁰ Weiler, J. H. H. *Europa, fin de siglo* Madrid, CEC, 1995. p. 12.

³¹ La interpretación tradicional parte de la idea de un relativo declive económico de Europa después de Versalles y el ascenso incesorables de «nouvelles Romes»: los Estados Unidos y la Unión Soviética. A su vez, el fascismo europeo —«síntoma de» y «respuesta a» la degradación económica y al fracaso político del Estado-nación europeo (que corona el apogeo del nacionalismo más irracional y absurdo)— juega un papel catalizador en la emergencia de las fuerzas que vienen a sustituir con unas construcciones supranacionales al Estado-nación. Asimismo, ha considerado que estos «cataclismos» provocarán que los «grands européens» observen al Estado-nación como un anacronismo político y económico. Tras la Segunda Guerra Mundial, el período en que el Estado-nación ha sido el principio dominante en la organización de la sociedad internacional ha llegado a su fin. Cfr. Prefacio e introducción a Lipgens, W. (Ed.) *Documents on the History of European Integration* vol I: «Continental Plans for European Union 1939-1945», vol II: «Plans for European Union in Great Britain in Exile 1939-1945, Berlín, Nueva York, De Gruyter, 1985 y 1986 y *A History of European Integration 1945-47. The formation of European Unity Movement* Oxford, Clarendon Press, 1982. Asimismo vid. Pryce, R. *The dynamic of European Union*, Londres, Croom Helm. 1987.

Sin embargo, esta argumentación ha sido criticada en dos direcciones. En primer lugar, se le achaca que nunca haya explicado más allá del cuestionado «método Monnet», por qué la elección ha recaído en el modelo supranacional impuesto con las Comunidades Europeas, de una parte, y en la transferencia de soberanía del Estado-nación a un ente supranacional con sede en Bruselas, de otra, cuando en la actualidad son muchas las voces que consideran agotado el método de conferencias intergubernamentales iniciado por el «Comité Spaak» en 1956. En segundo lugar, tampoco ha explicado más allá de lo que algunos consideran como «difusa interpretación de la crisis de Europa» por qué la forma de transferencia de las soberanías nacionales sólo se ha dado en Europa³².

b) Un segundo grupo arguye que la evolución de la construcción europea, lejos de demostrar la creciente inadecuación del sistema de Estados-nación como modelo de gobierno, constituye en realidad una prueba de lo contrario³³. Es decir, *la construcción europea se explicaría como el resultado de una serie de decisiones políticas y administrativas tomadas en un marco nacional, cuyo objetivo no es otro que fortalecer al Estado-nación ante las mutaciones de un mundo en transformación*. De acuerdo con esta línea de interpretación, el discurso europeísta no sería más que la articulación ante la opinión pública de las actuaciones intergubernamentales dirigidas ante todo a satisfacer el interés nacional.

La construcción europea, según Alan Millward³⁴, no marca el fin de la época del Estado-nación en Europa, sino más bien el rescate de dichos Estados-nación del colapso económico y político que sufrieron durante la Segunda Guerra Mundial. Cada una de las etapas por las que ha atravesado el proceso de construcción europea desde la creación de la CECA (1951) hasta el Tratado de Amsterdam (1997), pueden explicarse como un exitoso esfuerzo colectivo que ha implicado la renuncia de partes no sensibles de su soberanía para lograr ejecutar unas políticas nacionales que de otra manera hubieran resultado imposibles o hubieran sido demasiado gravosas en términos económicos y sociales. De acuerdo con esta línea de pensamiento, el éxito de la democracia en Europa, después de 1945, ha dependido del esta-

³² Para sus críticos, asimismo, el problema principal debía ser explicar por qué el concepto de una Europa supranacional había progresado tan poco desde los años sesenta y las razones había que buscarlas en los mismos orígenes del proceso de cooperación intergubernamental.

³³ Al respecto, *vid.* Millward, A. *The European rescue of the Nation State* London, Routledge, 1992. Millward, A. S. «États-nations et communauté: le paradoxe de l'Europe» en *Revue de synthèse* vol. IV n.º 3 (1990) pp. 253-270. Millward, A. *The reconstruction of Western Europe (1945-1952)*, Londres, Methuen, 1984. -Este trabajo ha sido contestado desde el punto de vista de la historia económica por parte de Hogan, M. J. *The Marshall Plan. America, Britain and the reconstruction of Western Europe, 1947-1952* Cambridge University Press, 1987. Asimismo, interesa *vid.* Griffiths, R. T. «A la recherche des débuts de l'integration européenne» en *Revue de synthèse* vol. IV n.º 3 (1990) pp. 235-252.

³⁴ Millward, A. S. *et al.* *The Frontier of National-Sovereignty. History and Theory, 1945-1992* Londres, St. Martin Press, 1993 pp. 7-9.

blecimiento de coaliciones políticas duraderas cuyo objetivo fuese la *euro-peización* de algunas políticas nacionales, por ello la Unión Europea no es otra cosa que una estructura que sostiene a un Estado-nación notablemente reforzado.

A esta argumentación se le suele hacer dos críticas. De una parte, la construcción europea, siguiendo con la idea-raíz de esta teoría, hubiera dependido de la existencia simultánea de una serie de políticas encaminadas a la implantación del modelo económico y social europeo. No obstante, esa combinación de políticas inició su deterioro con la crisis fiscal del Estado y del modelo social y económico europeo en los años setenta, con lo que el proceso de integración, cuando menos, se hubiera detenido cuando no hubiese entrado en una dinámica de franca disolución. Sin embargo, la Comunidad se ha transformado en Unión e incluso se ha fortalecido a pesar de la crisis del Welfare State en los años ochenta y noventa³⁵.

De otra, la creación de la unión económica y monetaria implica entre otras cosas la renuncia por parte del Estado-nación a la política monetaria y con el tiempo probablemente a la política fiscal, lo cual puede considerarse, instalados en esa lógica, tanto como admitir una renuncia a la noción misma de soberanía nacional.

c) El tercer grupo de argumentos es algo más difuso. Se basa en la idea de que *lo que da cohesión a la construcción europea es su insistencia en explicar la evolución de la unión política más como el resultado del impulso de ciertos procesos políticos internos que como el producto de una serie de decisiones de política nacional independientes entre sí*³⁶. Es decir, la maquinaria política puesta en marcha con los Tratados de Roma en 1957 tenía inevitablemente que conducir a formas supranacionales de gobierno, dado que los problemas con los que debían enfrentarse tenían una dimensión europea y exigían soluciones supranacionales que eran imposibles de aplicar en el ámbito exclusivo del Estado-nación.

Esta interpretación se ha visto complementada por aquellos que consideran que la Unión Europea es un sistema político, una emergente *politeia*, según

³⁵ Vid. Keohane, R. y Hoffman, S. *The New European Community* Oxford University Press, 1991. Hoffman, S. «Reflections on the Nation-State in Western Europe Today» en *Journal of the Common Market Studies* Vol 31 I (1982) pp. 33-49. Muñoz Machado, S. *La Unión Europea y Las mutaciones del Estado*, Madrid, Alianza, 1993. Nemmo, Ph. *The European Union and the Nation-State* Paris, ESCP, 1997. Rhodes, C. y Mazey, S. (Eds.) *The State of European Union: Building a European Polity?* Boulder, Lynne Rienner/Longman, 1995. Wallace, H. y Wallace, W. *Policy-making in the European Union* Oxford University Press, 1996. Weiler, J. H. H. *Il sistema della Comunità Europea* Bologna, il Mulino, 1985.

³⁶ Vid. al respecto, Deighton, A. (Ed.) *Building Postwar Europe. National Decision-Makers and European Institutions, 1948-1963* Londres, St. Martin Press, 1995. George, S. *Politics and policy in the European Union* Oxford University Press, 1996. Nugent, N. *The Government and the Politics of the European Union* Durham, Duke University Press, 1995. Kirchner, E. J. *Decision-making in the European Community* Nueva York, H.U.P., 1992.

Schmitter³⁷, que no da los pasos suficientes para transformarse en una auténtica democracia pero que ha ido configurando un entramado burocrático-institucional que intenta, por definición, ampliar sus competencias. En este sistema, los Estados continúan funcionando como soberanos pero en competencia con la Unión Europea.

El problema para sus críticos reside en que si bien es innegable que la lógica burocrática refuerza el proceso de construcción europea, también lo es que el Estado-nación es su actor principal. De hecho, la válvula de seguridad introducida en el sistema comunitario por el Tratado de Maastricht (1991), el *principio de subsidiariedad*³⁸, se ha demostrado demasiado débil para compensar de forma efectiva la componente de fuerzas resultante, netamente favorable al Estado-nación.

4. EUROPA COMO PROYECTO: LOS RETOS DEL SIGLO XXI

Construir Europa fue la respuesta a tres cuestiones que se plantearon con toda crudeza en la segunda posguerra mundial: cómo dominar los demonios internos causantes de los mayores desastres en el Viejo Continente; cómo recuperar un puesto de primer orden en el concierto mundial y cómo conseguir una situación económica que garantizase la pervivencia de democracias estables.

Sin embargo, las insuficiencias del proceso de construcción europea y algunos fracasos significativos hacen todavía de Europa un proyecto en marcha. Continúa manteniendo su indefinición en lo relativo a los plazos de la unión política, sobre cuál será su estructura política definitiva e incluso acerca del método idóneo para su consecución. El debate mantiene —más o menos reactualizado— las mismas premisas básicas de posguerra³⁹.

De una parte, los partidarios de definir un sistema constitucional definitivo a partir de una «Asamblea constituyente» legitimada por las elecciones al Parlamento Europeo. Su asiento intelectual se encontraría en los postulados tradicionales del federalismo. De otra, la defendida por aquellos que admiten la *necesidad de progresar en ese proceso de cambio continuo que es la construcción europea pero dentro de un proceso constitucional evolutivo y abierto en el que se inscribe el debate sobre cuál debe/puede ser el marco constitucional ideal para la Unión y que encuentra un sólido sustrato en el método funcionalista.*

³⁷ Cfr. Schmitter, Ph. C. «Cómo debería democratizarse la Unión Europea y por qué: algunas reflexiones» en *A distancia. Revista de la UNED* n° Otoño (1996) pp. 129-140 y «La Comunidad Europea como forma emergente de dominación política» en Benedicto, J. y Reinares, F. *Las transformaciones de lo político* Madrid, Alianza, 1992. pp. 158-200.

³⁸ Vid. Clergerie, C. *Le principe de subsidiarité* Paris, Ellipses, 1997.

³⁹ Cfr. Bossuat, G. *Les fondateurs de l'Europe* Paris, Belin, 1994; García Margallo, J. M. y Méndez Vigo, I. *La apuesta europea: de la moneda a la unión política* Madrid, Política Exterior, 1999; Sidjansky, D. *op. cit.* y Westlake, M. (Ed.) *L'Union européenne ...*

Un viejo adagio asegura que quien no hace la Historia está condenado a padecerla y la unión política europea esta lejos de ser aún el actor histórico que está llamada a ser.

En los europeos de finales del siglo xx, como en los de la inmediata posguerra, se mantiene la necesidad de respuestas ante los retos del presente e incertidumbres del futuro. La causa, posiblemente, resida en que no se puede explicar fácilmente el proceso de construcción europea. De hecho, es difícil hablar de una futura Europa federal o de una superación del Estado-nación e incluso, probablemente, no sea posible en las circunstancias actuales pensar en una Europa más integrada, ya que Europa se sigue construyendo sin un modelo claramente definido y se halla a merced de un grupo de variables y factores internos y externos, culturales y políticos, espirituales y económicos que si bien son difíciles de caracterizar, más complejo es todavía desentrañar sus interrelaciones y respuestas.

Europa —o su imagen, la idea de Europa—, en términos institucionales o mediáticos suele aparecer, aunque con fronteras inciertas, como una entidad cultural fácilmente identificable. Pero si se considera la diversidad de las culturas europeas, de las tradiciones nacionales, de las categorías de pensamiento como hábitos, se tiende a ver en Europa tan sólo una agrupación poco unificada y coherente de tradiciones particulares⁴⁰.

Existe un consenso bastante generalizado en que es escasamente deseable la presencia de una *cultura europea* como concepto homogéneo y, sobre todo, homogeneizador ya que «*lo homogéneo se convierte fácilmente en hegemónico*»⁴¹. Desde esta perspectiva en defensa de la diferencia y la diversidad, la búsqueda de un espíritu europeo puede parecer bien un mito en relación con los particularismos nacionales, bien una amenaza para las señas de identidad y pertenencia de cada europeo. No es de extrañar, por tanto, que en los márgenes de ese consenso sea donde se inició la especulación acerca de qué es la relativa coherencia de las políticas comunes, del mercado único o del euro, lo único que otorga una cierta identidad común a Europa.

Ante ese discurso —un tanto ensimismado sobre la idea de Europa—, se presentan dos líneas de interpretación limitadas por corsés académicos e intelectuales, pero que han tenido su traslación al ámbito del debate político. De un lado, deducir que es la falta de un espíritu europeo, lo que ha retrasado en la segunda mitad del siglo xx la materialización de una unión política europea. De

⁴⁰ Según Agnes Heller «Las culturas nacionales europeas, expresión de la diversidad y la diferencia, servirán de soporte ideológico a los límites tradicionales de las naciones históricas, pero al hablar de todas juntas en suelo europeo se unirán en una cosmópolis. Los límites de la cultura europea serían «cosmopolitas»; su actuación se orientaría según un sentido cultural europeo de desarrollo lento y gradual encaminado a la integración perdurable del continente históricamente más atormentado». Heller, A y Feher, F. *Políticas de la posmodernidad* Barcelona, Península, 1989, p. 294.

⁴¹ Véase al respecto el artículo de García Picazo, P. «La identidad europea: entre la apertura y el ensimismamiento. Ensayo de su fundamentación teórica internacional» en *Revista Internacional de Filosofía Política* n° 9 (1997) pp. 71-91.

otro, inferir que son las limitaciones de las instituciones surgidas en el proceso de integración las que se han constituido en el principal obstáculo para la afirmación de una identidad común⁴².

El reto, en cualquier caso, es aproximar a los ciudadanos europeos los valores que emanan de la construcción política —paz, prosperidad, no discriminación, pluralismo, democracia, solidaridad y cohesión social—, ya que, como afirma Habermas, una doble responsabilidad recae sobre los europeos:

«(...) son responsables de que la organización de la comunidad de los pueblos resulte finalmente apta para una solución cooperativa de problemas globales que cada vez resultan más ineludibles y de que en las propias sociedades se detenga el proceso de caída de los estándares de bienestar social alcanzado, así como de que cese la escisión a la que los términos de chauvinismo de bienestar da lugar.»⁴³

Europa, en definitiva, sigue debatiéndose en busca de una *idea* de sí misma en cuanto proyecto y realidad política; *idea* que debe emerger a partir de pensar el ser europeo desde la diferencia. Sin embargo, algunos comienzan a sospechar que posiblemente no le haga falta esa *idea* porque lo realmente necesario es comprender que la experiencia europea en curso es un proceso irreductible a una «pensée».

⁴² El medio propuesto en el primero de los casos fue el diseño quizás apresurado de una «Europa de los ciudadanos» entendida como una homologación económico-social que permitiese el trasvase hacia una conciencia europea. Parece indudable que ese proceso de homologación no se ha traducido en una acción política coherente y que tampoco ha surtido todos los efectos que cabría esperar en cuanto se refiere a nuevas señas de identidad. En el segundo, la adopción de un pacto constitucional abierto a la adhesión de todos los ciudadanos de Europa que estableciese una auténtica «ciudadanía de la Unión» con los derechos y deberes que les acompañan, es hoy, tan sólo, una propuesta de máximos. Sobre ciudadanía europea me remito al trabajo de Bru, C. *La ciudadanía op. cit.* Madrid, Sistema, 1995. Acerca de la «Europa de los ciudadanos» vid. Spinelli, A. *L'Europa non cade del cielo* Bolonia, Il Mulino, 1989. Sobre los contenidos del «Pacto constitucional» vid. Mouvement Européen International *Objectif 2002: Construisons ensemble l'Europe du XXIème siècle* Bruselas, 29 de julio de 1999.

⁴³ Habermas, J. «Ciudadanía e identidad nacional...», p. 21.